

cho acepta el papel; pero los dos saben que el muchacho «está al cabo de la calle» de muchas cosas. Ha llegado la hora, por decirlo anecdóticamente, de fumarse los primeros pitillos a escondidas. La «introducción» al verdadero estado adulto está en marcha.

Me pregunto si los juguetes bélicos o las películas violentas no cumplirán —y aquí sí cuenta la opinión del psicólogo infantil— un oscuro papel en este incruento asesinato de la infancia. Es igualmente sintomático que toda esa literatura, ese teatro o ese cine infantiles, pierdan de pronto su poder

de atracción y no encuentren la forma de seguir interesando honestamente a los que eran niños poco antes. No tenemos un arte que acompañe a los hombres una vez salen de la infancia. Es un tiempo sin verdad, y muertas las hadas, no parece quedar otra salida que dejar al ex niño abandonado a su propia suerte, a la espera de que la «vida» le enseñe la realidad. Ya las pistolas de plástico, o los pieles rojas machacados, probaban que todo no era tan azul como los padres y los Reyes Magos prometían. Y ésta no es una cuestión de psicólogos. ■ J. M.

## Sir Basil Liddell Hart EL PADRE DE LA «BLITZ-KRIEG»

Liddell Hart no pasó de capitán, y, probablemente, no hubiese sido jamás militar de no haber sido por la movilización en la primera guerra mundial. Sin embargo, estaba considerado como uno de los primeros estrategas del mundo, como hoy lo es el civil Hermann Khan. Paradójicamente, las ideas de Lid-

tánico debía basar su capacidad ofensiva en los tanques y en las fuerzas acorazadas, utilizados en lo que él llamó «un torrente expansivo». Nadie le hizo caso en su país. Sus ideas prendieron en Francia en un joven oficial, Charles de Gaulle, que también publicó algún libro y redactó algún informe pidiendo la mecanización del Ejército, pero fue igualmente desoído. Sin embargo, los artículos se tradujeron al alemán, se leyeron en las escuelas germanas de Estado Mayor y sirvieron de base para la «blitz-krieg», la guerra-relámpago de Hitler, que fue exactamente el «torrente expansivo» de Liddell Hart. El general Guderian, organizador de las «panzer divisionen» alemanas, ha explicado que su interés en este tipo de guerra se despertó con la lectura de los artículos de Liddell Hart; Rommel explicaría que los ingleses podían haberse ahorrado muchas de sus derrotas iniciales si hubiesen leído al capitán Liddell Hart y la enciclopedia alemana «Brokhaus» le describe como «creador de la teoría de la guerra mecánica». Este profeta en tierra ajena perdió sus dones con la aparición del arma atómica. Su libro sobre esta estrategia nuclear «Deterrent or defense», fue mal acogida en 1960, y Liddell Hart cambió absolutamente de rumbo sus preocupaciones: estaba escribiendo una historia de la moda cuando, a los setenta y cuatro años, le ha sorprendido la muerte en su casa de campo del Buckinghamshire.



dell Hart sobre la guerra sirvieron para algunos reveses de su propio bando, para algunos muy notables triunfos del enemigo. Propugnaba en sus escritos que el ejército bri-

Como el cambio es tan visible, algunos creen que se pueden dar más libertades al español sin riesgo de que las utilice. No hay unanimidad en el tema. Los próceres discuten. Arelliza dice que ya es hora, Valdeiglesias dice que no lo será nunca. Los próceres son cultos. Citan la Historia y la coyuntura. Arelliza dice que por las libertades iremos al europeísmo; Valdeiglesias que se puede ser europeo de cualquier manera, y que las libertades no llevan más que al caos. El español, hecho contrafigura, calla y se contem-

pla a sí mismo, como el adolescente que, ante el espejo, espía el crecimiento del bozo sobre el labio superior que le calificará como mayor de edad. Duda. No sabe bien lo que puede pasarle si le dejan ver las comedias de Harold Pinter, si le traducen entero el diálogo de «Prima della rivoluzione». Ahora es el Dr. Jeckyll; pero, ¿y si Pasolini, el asociacionismo, alguna urna electoral y don Joaquín Ruiz-Giménez le convirtieran en Mr. Hyde? ¿Qué pensará de todo esto el doctor López Ibor, tan prudente, tan modera-

do, tan contrafigura? Y, ¿no dirá lo contrario Castilla del Pino? Quizá ver en la televisión «Peyton Place» pueda costarle un gordo disgusto moral. Pero, ¿y si a cambio de ello podemos vender más naranjas, colocar por ahí algún vinillo? En el fondo, cuando le dicen que tiene que ser europeo, ¿no se trata de eso? ¿Y si por ver una obra de Peter Weiss nos dejan que cobremos unos aranceles de ocho dólares por cada 100 kilos de queso holandés?

El español ha sido siempre sufrido.

La elaboración de su contrafigura no ha dañado esa virtud ancestral. Parece dispuesto a aceptar algunas libertades y no usar de ellas. A los niños se les regalan juguetes caros, que luego se encierran en el armario para que no los rompan. Por las noches, cuando el niño duerme, los fantásticos e infantiles padres sacan los juguetes del armario y juegan ellos para comprobar lo buenos que son. Nuestros próceres usan ya de la libertad para discutir de la libertad. Han sacado, de noche, los juguetes del armario. ■ POZUELO.

## Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

## MUERTOS BLANCOS Y MUERTOS NEGROS

(HUMOR NEGRO... Y BLANCO)

Se conocía ya la clasificación de los muertos, a efectos de residencia, en muertos católicos y muertos civiles. Ahora, gracias a una sentencia de un juez de Birmingham (Alabama), sabemos también que hay muertos blancos y muertos negros. El juez en cuestión ordenó recientemente el traslado de un muerto negro a un cementerio blanco, con lo que recordamos, de rebote, que en muchas ciudades del Sur de los Estados Unidos se practica lo que podríamos llamar la segregación necrorracial.

La discriminación racial en los cementerios tiene su lado lógico y hasta decente, pues sería poco serio que un señor tuviera que esperar al preciso momento de cascar para que se le reconocieran al fin sus derechos cívicos. La cosa podría tener incluso cierto aire de leve tomadura de pelo. Por otra parte, el simple hecho de morir no nos parece motivo suficientemente justificado de integración racial en la vivienda. El interesado tuvo antes razones más serias y no se le tuvieron en cuenta. Por eso, visto el asunto desde este ángulo, la postumamente humana decisión del juez de Birmingham, nos resulta un tantillo necrodemagógica. Tanto es así que tuvo que apoyarla en otras sentencias anteriores, favorables a la integración racial en los parques de recreo y diversión... lo que ya

es afinar en materia de jurisprudencia.

Pero, por otro lado, la segregación racial en la última vivienda no deja de causar cierta extrañeza. Según todos los indicios, en efecto, la gente, cuando se muere, se hace extremadamente dócil y le desaparecen bruscamente toda una serie de prejuicios: raciales, religiosos y de todo tipo. No se sabe de muerto que haya manifestado jamás el menor sintoma de odio racial o de simple animadversión política hacia el muerto de al lado, y todo hace suponer, por el contrario, una reconciliación perfecta y definitiva. Blanco o negro, demócrata o republicano, gavián o paloma, cretino o evolucionado, nadie podrá negarle a un residente muerto una gran circunspección y un respeto total de los derechos del vecino.

Estas consideraciones parecen demostrar lo bien fundado de la decisión del juez de Birmingham. No dudamos que esta sentencia sentará jurisprudencia y que muy pronto todos los muertos negros podrán instalarse confortablemente en los cementerios de los blancos. Para los negros es un primer paso importante en su larga lucha por los derechos cívicos. Por algún lado había que empezar.

Por lo pronto, los «Panteras Negras» saben ya que, si insisten mucho, les espera el éxito a la vuelta de la esquina...

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, Ramón L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán.